

El último gentleman de la literatura Por Alfredo Grieco y Bavio (Página 12, 9 marzo 1999)

La vida de Adolfo Bioy Casares fue la de aquellos que cuentan con el raro privilegio de dedicarla por entero a la literatura. La familia de su madre, Marta Casares, fue dueña de La Martona, una próspera empresa de explotación lechera. La de su padre, Adolfo Bioy –ministro del general Félix Uriburu que derrocó a Hipólito Yrigoyen–, era de terratenientes. Bioy nunca pasó por ningún tipo de peripecia económica grave. Su biografía exterior, entonces, se deja resumir en una sucesión de puntuales publicaciones, donde las únicas alternancias son las de los géneros de prosa que practicó: la novela, el cuento, la crítica literaria, las memorias, el diario.

Después de largos y vanos intentos por ser un escritor de vanguardia, Bioy, que había nacido en 1914, publicó en 1940 *La invención de Morel*. En esta novela se descubren ya los rasgos que habrían de caracterizar toda su obra, hasta el último libro que publicó, *De un mundo al otro*, del año pasado. Una invención de riguroso argumento fantástico, unida a una historia de amor, llena de dificultades casi insalvables, entre un hombre y una mujer que luchan contra un mundo inescapable y hostil. El libro llevaba un prólogo de Jorge Luis Borges: otra asociación que no lo abandonaría a Bioy ya jamás. Con él fundó en 1945 la colección *El Séptimo Círculo*, que con centenares de volúmenes atrajo la atención del público, y también la de los escritores, a las exactitudes e intrigas de la novela policial. A principios de 1940, se casó en Las Flores con Silvina Ocampo, hermana de la famosa Victoria. A pesar de una vida donde no faltaron las amantes, ocasionales o duraderas, sucesivas o simultáneas, la unión con Silvina, que era casi 15 años mayor, siguió sin interrupciones hasta la muerte de ella, en 1993.

En una afirmación puede verse una división de su propia obra a la que el público siempre ha atendido: distribuye sus relatos entre “los de índole fantástica y los que tratan cuestiones de conducta. Son los primeros prodigiosamente imaginarios; los últimos, lípidamente perspicaces. En unos y otros hay sentido del humor, un sentido del humor sin estridencias y un estilo fluido, preciso, transparente”. El comentario, una observación incidental redactada para los relatos de Francis Korn, expone los puntos esenciales de lo que podría llamarse la poética de Bioy. Se refiere a los dos centros vitales en torno de los cuales giran todos sus escritos. Por un lado, el ideal de rigor formal, de maestría en la trama y en la construcción, de relato con sorpresa en el final, que caracteriza a los textos de género fantástico, tal como ocurre en *La invención de Morel*, en *Plan de evasión* (1945), en *La trama celeste* (1948), en *El Sueño de los Héroes* (1954), en *Historia Prodigiosa* (1956), en *Historias desafortunadas* (1986), en *Una magia modesta* (1997). Por otro, el interés en las “cuestiones de conducta”, que se expresa en un Bioy realista y hasta naturalista, más atento a la cotidianidad argentina de lo que quieren los que atienden como criterio exclusivo a su origen de clase. Este último Bioy

GRUPO A



Tertulias Literarias

supo como atender a las inflexiones de la lengua hablada, y fue autor de eficaces parodias de grupos sociales concretos y de “violentas sátiras de los diversos comportamientos lingüísticos que coinciden en nuestro medio”, como él mismo dijo. De esta última rama hay un nítido testimonio en *Guirnalda con amores* (1959), en *El diario de la guerra del cerdo* (1969), en *La aventura de un fotógrafo en La Plata* (1986).

A este Bioy cotidiano, ajeno a mecánicas fantásticas que garantizan la inmortalidad por la imagen o la comunicación con un más allá siempre siniestro, pertenecen los cuentos policiales y las crónicas que escribió en colaboración con Borges, que tienen como centro móvil a Don Isidro Parodi, un detective que resuelve crímenes sin salir de entre las paredes de la cárcel donde está encerrado. Estos relatos empezaron siendo violentamente antifascistas en *Seis Problemas para Don Isidro Parodi* (1942), y acabaron, con la misma virulencia, en ataques al peronismo y también a las dudosas vanguardias argentinas en los años del Di Tella y de Onganía, como en *Crónicas de Bustos Domecq* (1967). Aquí se integra sin dificultades una obra singular como el *Diccionario del argentino exquisito* (1971), un catálogo donde escarnea las palabras técnicas y vagamente modernizadoras de la clase política argentina.

Borges dijo que “en una época de escritores caóticos que se vanaglorian de serlo, Bioy es un hombre clásico”. En medio de un mundo caótico, Bioy fue un decidido cultor de la racionalidad, de las posibilidades humanas de establecer una medida para las cosas. Su postura fue, en este sentido, la de un enciclopedista del siglo XVIII: un racionalista que posee la convicción de que “el mundo necesita más cordura que irracionalidad”. En los dos últimos años, le encomendó a Daniel Martino, una obra magna cuya edición terminaron juntos al finalizar 1998: un imponente diario, de más de mil páginas, donde registró sus testimonios sobre la amistad con Borges entre 1931 y 1986.

Desgraciadamente, ya no verá publicada una obra única, que es también una anatomía de la sociedad argentina a lo largo de seis décadas.



Bioy, Centenario

Por Antonio Muñoz Molina (El País, 19 setiembre 2014)

Es raro pensar en la celebración del [centenario de Bioy Casares](#). Un centenario es una cosa póstuma y marmórea, y en Bioy hay una liviandad que elude todo lo solemne, una transparencia que hace visible la hondura, pero que excluye la pompa. Bioy parecía un caballero porteño de otra época, y cuando fue viejo se veía irónicamente a sí mismo como un viajero del pasado sin máquina del tiempo. Pero lo cierto es que, sin ningún énfasis, escribió una literatura en gran medida intemporal, que tenía simultáneamente la pureza de las fábulas y un arraigo muy poderoso en la realidad que él conocía y recordaba, en la vida de Buenos Aires y de las capitales interiores del país, en los paisajes del campo y en esas ciudades europeas por las que se movían volublemente sus viajeros argentinos de clase alta.

En su primera obra maestra, [La invención de Morel](#), el espacio y los personajes son tan abstractos como en un cuento de Kafka o en algunas historias de Wells. A partir de entonces, según se hacía mayor y más sabio, sus ficciones fueron acercándose a los lugares precisos de la realidad y a las variedades del habla argentina, que percibía y escuchaba con un oído a la vez exacto y paródico, que revelaba en él un instinto natural para la comedia. Pero su talento cordial para la observación del mundo quedaba siempre matizado por la atracción de lo extravagante y lo fantástico, por su devoción hacia las simetrías y las formas perfectas de las tramas policiales. En la mejor de sus novelas, [El sueño de los héroes](#), esos dos impulsos de Bioy alcanzan un equilibrio insuperable. Debajo del azar de la vida actúa sobre los personajes la geometría del destino. El sueño masculino del coraje está hecho de mezquindad, de jactancia grosera, de fuerza bruta. La lectura es un ejercicio de indagación equivalente a la búsqueda en la que acaba extraviándose ese pobre héroe de clase trabajadora, Emilio Gauna, émulo incompetente de esos malevos de arrabal que fascinaban tan

GRUPO A



Tertulias Literarias

literariamente a Borges. ([Entre Borges y Bioy](#), contra lo que pueda pensarse, las diferencias son mucho mayores que las semejanzas).

El sueño de los héroes es una de esas raras novelas a las que uno vuelve y vuelve sin desilusión a lo largo de la vida, con una familiaridad casi como la de un poema aprendido de memoria. Hay que decir de memoria y en voz alta la primera frase: "Durante tres días y tres noches del carnaval de 1927 la vida de Emilio Gauna logró su primera y misteriosa culminación". La última frase no es menos digna de recuerdo, pero sí mucho más triste. Uno la olvida y cuando llega a ella siempre lo deja para después del final con su punzada de amargura. Hace 100 años que nació en Buenos Aires Adolfo Bioy Casares y 60 años justos que se publicó *El sueño de los héroes*, pero la novela se mantiene tan tersa como si el tiempo no pasara por ella, dispuesta a revelar nuevos tesoros escondidos a cada lectura, a sumergirlo a uno en sus extrañas claridades de amaneceres y ensueños, en sus tierras de nadie entre el suburbio y el campo, entre el recuerdo y el olvido, el éxtasis y la desgracia. Frases que uno subrayó hace muchos años en ejemplares perdidos de la novela vuelven a brillar con toda su belleza intacta: "Un momento lila y abstracto, con anticipaciones del alba"; "Aquellas conversaciones con Larsen eran la patria de su alma".



Ahora cuesta explicar lo que para un aspirante a escritor significaba descubrir una literatura así en la poco ventilada atmósfera española de mediados de los años setenta. En una época propensa a los potingues espesos —ideológicos, literarios, hasta psicotrópicos—, leer a Bioy era como beber un agua transparente y muy fresca, como escuchar a [Bill Evans](#) después de haberse abotargado con Pink Floyd. Yo me acuerdo de ir por el centro de Granada leyendo por primera vez *La invención de Morel* en aquel volumen de tapas negras de Alianza, y la limpia luz matinal que me devuelve la memoria no sé si procede de mi caminata por la ciudad o de la pura irradiación de las palabras de la novela. Luego vinieron los cuentos, el humorismo y la agudeza de las historias policiales en colaboración con Borges, las otras novelas mayores: *Diario de la guerra del cerdo*, *Plan de evasión*, *Dormir al sol*, *La aventura de un fotógrafo en La Plata*. Bioy, tan escéptico de la grandilocuencia, tan partidario de las formas breves, permaneció inmune a la tentación catedralicia y hasta cosmológica de una parte de la novela latinoamericana de aquellos años. Le gustaba inventar tramas cuidadosas, mecanismos narrativos de alta precisión, y al mismo tiempo, supimos después, cultivó con asiduidad durante toda su vida la escritura más fragmentaria y abierta de todas, la del diario íntimo y la anotación suelta en un cuaderno, el apunte, el borrador, la observación instantánea, la cita, el collage.

De las 20.000 páginas de [ese diario que dejó al morir](#) proceden algunas de las alegrías que ha seguido dándonos Bioy. Hace unos siete años, Destino publicó el tomo formidable de los apuntes de sus conversaciones con Borges, anotadas con fidelidad cada noche, durante media vida, frescas todavía en la memoria inmediata. En Páginas de Espuma salió después, en un volumen editado muy cuidadosamente, [el diario de un viaje breve a Brasil que hizo Bioy en 1960](#). Lo cotidiano, lo menor, lo olvidable, lo que casi no sucede, son la materia valiosa de la literatura.

Pero de ese Bioy póstumo, confesional, pudoroso, el libro que yo prefiero es *Descanso de caminantes*, que publicó Sudamericana en Buenos Aires en 2001, en una edición de Daniel Martino. Qué pocos libros así hay en español. Es el diario de Bioy entre 1975 y 1989: los años de la llegada de la vejez y de la enfermedad, para un hombre que había sido vigoroso y muy atractivo para las mujeres, muy enamorado de ellas; los años sórdidos de la descomposición política en Argentina, la dictadura militar, el regreso inseguro de la democracia. El español, lo mismo el de aquí que el de América, no parece un idioma propicio a la confesión en voz baja, a los matices de lo íntimo en primera persona. O nos ponemos solemnes, o nos ponemos hipócritas o pudibundos, por miedo al ridículo y al viejo qué dirán provinciano, por pánicos a parecer sentimentales, por una falta congénita de naturalidad. En Bioy hay una desenvoltura de escritor de diarios inglés, con toda su ironía y su melancolía. Anota encuentros amorosos furtivos, percances de salud,

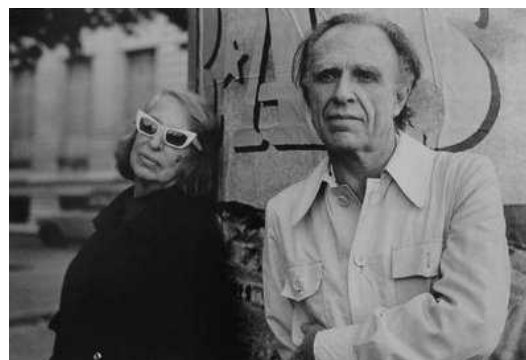


conversaciones oídas sobre la marcha, monólogos de taxistas, sueños, ideas para cuentos. En 1976 asiste en la calle a un asesinato cometido a plena luz del día por policías de paisano. Una mañana de marzo de 1985, a pesar de la decadencia física y los desengaños de la edad, se despierta feliz: "Suena el despertador y siento el júbilo de estar vivo, de empezar un día nuevo. Es un júbilo minúsculo y nítido, como la moneda de cinco centavos de los buenos tiempos".

Júbilo es la palabra exacta que define la literatura de Bioy Casares.

“La felicidad es inventar historias”

“¿Es que vale la pena guardar esto? ¿Debería darle un valor religioso a lo que viví y no hablarde ello? No me parece. Podemos hablar de cualquier cosa”, le dijo una vez Adolfo Bioy Casares a un periodista que se proponía conocer algunos de sus secretos. El mismo recordó la anécdota durante la última la Feria del libro, una noche en que trescientas personas se dieron el lujo de presenciar una entrevista pública en que fue presentado entonces como el mayor escritor argentino vivo. Apenas después de sentarse frente a la escritora María Esther Vázquez, Bioy largó esa noche el primero de una interminable sucesión de chistes. “La verdad, no sé para qué quieren que ande tan bien”, bromeó mientras un técnico verificaba el funcionamiento del micrófono, como negándole cualquier valor a palabras que el público escucharía luego con unción. “¿No es un ser maravilloso?”, comentaba su nieta Victoria, de 23 años, desde la tercera fila. Entre otras cosas, Bioy habló esa noche, que ya es historia, de estos temas:



La infancia

“Tuve una infancia feliz. Mi padre fue el que me inició en la poesía: solía leerme largos poemas argentinos mientras llenaba la bañadera. Mi madre era muy valiente, solía decirme que no me creyera el centro del mundo. Si yo no estaba con ellos no era feliz. El pasaje de mi predilección por las mujeres antes que por los juguetes se dio cuando una vez me llevaron a “El porteño” y me enamoré de Haydeé Bozán. Sin dudarle, una noche le robé el auto a mi madre y la fui a buscar. Creí que todo había salido bien, después de dejarla en su casa, pero algo me decía que ella me esquivaba... Tenía diez años, yo. Me la encontré muchos años después y fingí ser más viejo que ella.”

Las mujeres

“Las prefiero porque son menos egocéntricas que los hombres. Los hombres me aburren, casi siempre están pensando en ellos mismos.”

Escribir

“La felicidad es inventar historias. Escribirlas implica un considerable esfuerzo. Sin embargo, he sido afortunado: ese trabajo siempre me resultó en algún punto gozoso.”

El comienzo

“Empecé a escribir en una revista deportiva-humorística: el peor de los tres redactores era yo. Hoy entiendo que lo mío como periodista era tan olvidable como algunos de mis primeros libros. Después vinieron mis estudios de Derecho y de Filosofía y Letras, que duraron hasta que me di cuenta de que lo mío era escribir, que no sería abogado ni juez y que la carrera de Letras me alejaba más de la literatura que el Derecho. Recién entonces me fui a administrar un campo, período que duró diez años, y que finalizó cuando me convencí de que también como administrador era un fracaso, tras comprar una importante cantidad de vacas que jamás dieron cría.”

Borges



“Aunque parezca mentira, empezamos a escribir juntos cuando nos pidieron que hiciéramos el folleto de un yogurt. Ya nos habíamos conocido en la casa de Victoria Ocampo. Nos divertíamos muchísimo juntos. Pretendíamos escribir buenos policiales y siempre terminábamos yéndonos por las ramas. Nos reíamos tanto que siempre terminábamos preguntándonos qué a hacer para darle verosimilitud a los personajes. Silvina solía decirnos por lo bajo ‘vamos, no sean idiotas’. Y nosotros nos proponíamos dejar de bromear y ser sensatos. Pero durábamos poco: entonces, Borges decía: ‘bueno, acabemos con esto y pongámonos a escribir’. Así dábamos fin a un esfuerzo desde todo punto de vista vano.”

La invención

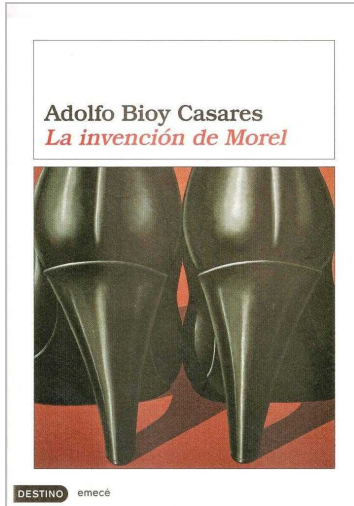
“La publicación de mi primer libro la financió mi padre, pero yo tardé 40, 45 años en descubrirlo. Cuando se me ocurrió escribir el libro que de alguna manera me consagró, *La invención de Morel*, yo tenía 27 años. El puntapié inicial fue un espejo trifásico que había en el cuarto de mi madre: viendo como la imagen de la habitación se repetía mil veces en el cristal, tuve la poderosa sensación de que estaba viendo con mis propios ojos algo que en realidad no existía. Esa anécdota, aparentemente banal, es la que me llevó a escribir el libro y la que me acercó a la literatura fantástica. Cuando se lo mostré a Borges él me dijo ‘la estructura es perfecta’ y yo comprendí que lo que en realidad quería decirme era que mejorara el estilo, cosa que hice.”

La humildad

“No me gusta la soberbia. Ni siquiera tolero el amor propio: eso es para las personas que están enceguecidas. Yo prefiero a los que son coherentes y humildes.”

Para entender 'La invención de Morel' (en el centenario de Bioy Casares)

Por David Felipe Arranz (Huffington Post, 1 xuño 2014)



Este año celebramos el centenario del nacimiento del escritor argentino Adolfo Bioy Casares (1914-1999), uno de los narradores más originales y fascinantes de la literatura hispanoamericana del siglo XX. En el prólogo a la *Antología de la literatura fantástica* (1940) que Bioy coescribió junto a Borges y Silvina Ocampo se desganan las cinco características del género, rasgos de los que el autor de *El sueño de los héroes* se sirvió para construir sus alucinantes tramas sobre el bulo del vivir humano. Y es que Bioy era un torero de estas artes del engaño vital.

Los tres prologuistas explican como al descuido que algunas narraciones deben crear un ambiente o atmósfera especial -Narraciones extraordinarias de Allan Poe-; que en determinadas ocasiones, sobre una realidad cotidiana se introduce un elemento fantástico -La máquina del tiempo y El hombre invisible, de H. G. Wells-; que el efecto sorpresa es determinante; que la técnica del cuarto amarillo -o del peligro amarillo- desarrollada por Chesterton constituye una eficaz manera de crear porque lo ideal es situar los cuentos en un lugar cerrado, algo típico de las novelas policíacas; y que lo sobrenatural -fantasmas, acción situada en el Infierno, personajes soñados, metamorfosis, la inmortalidad, la fantasía metafísica- contribuye a dar la temperatura de lo fantástico. La postergación y la burocracia infinita de la obra de Kafka y los vampiros y castillos sobre los que escribe Bram Stoker, por ejemplo, conforman un binomio invencible a la hora de crear literatura fantástica.

El homenaje a *La isla del dr. Moreau* (1896) de H. G. Wells está presente en todo momento en *La invención de Morel* (1940), paradigma de la ciencia-ficción, reúne todos los ingredientes de una buena historia fantástica, que haylos y bien estudiados están. De hecho, Borges la prologó y elogió calificándola de perfecta. En este proemio el escritor porteño cita los subgéneros que más le han atraído: la novela psicológica, de aventuras y policíaca, y estas dos últimas se vinculan a *La invención de Morel*. La novela recoge la historia de un fugitivo, un perseguido que llega a una isla, donde se enamora de Faustine y en la que una serie de aventuras darán lugar al encuentro inevitable con lo



fantástico, que a su vez impulsará el elemento policial -crimen, persecución y exilio-. Bioy deja aquí y allá continuas referencias a la huida del personaje, que discurre en paralelo a la investigación policial. Uno de los mayores logros de esta joya de la literatura es que la trama queda abierta a una solución que debe imaginar el lector.

¿Cuál es la invención de Morel, tras su gama de bulos de ficción? Se trata de una máquina que puede reproducir las imágenes, instantáneas que parecen absolutamente reales -antecedente de la realidad virtual- que llevan al protagonista a la confusión, pues no distingue las verdaderas de las falsas. Así, Bioy Casares plantea en esta excelente metáfora del siglo XX -y hasta del XXI- la dificultad de distinguir cuál es la realidad, al punto que verse reproducido por la máquina supone la inmortalidad -si bien a través de la imagen-... hasta que la persona real termina deteriorándose. Son sus avatares los que viven otras vidas, las que pudo haber vivido la persona real, entretenida en reproducirse y multiplicarse en imágenes. En las últimas páginas, Bioy Casares se cuestiona si esas imágenes reproducen también el alma, si esa punta de alter-egos que se observan y tropiezan no son sino proyecciones de nuestra "alma" desalmada. Por otra parte, la máquina es una metáfora de la creación literaria: produce dos soles, dos islas, dos mareas, una multitud de clones de un mismo individuo, etc. Y, por ende, despliega muchos recursos metaliterarios, propios de la escritura sobre la escritura: por medio de la escritura Bioy hace lo mismo que la máquina de la isla, reproduce un diario que es a su vez copia de otro diario de Morel que habla precisamente de cómo se pueden reproducir las realidades a modo de cajas chinas o muñecas matrioskas. Las referencias al lector abundan, lo que le da ese toque tan borgiano con el fin de dar una mayor verosimilitud al relato.

Bioy Casares siempre se sintió muy atraído por las islas, pues son un buen Plan de evasión, lugares aptos para construir una nueva realidad, de ámbitos físicos o incluso metafísicos -ajenos, apartados-. La isla, lugar de merodeo solitario y fantasioso, que en principio es el lugar utópico que puede alejar al hombre de los peligros... también se convierte en antiutopía -al igual que en las islas de Swift o H. G. Wells- porque reproduce -aunque a menor escala- los defectos de la civilización. El estilo lacónico, escueto, a veces incluso sentencioso que llega incluso a conducir al personaje a terribles dudas e incurrir en paradojas, obra en el lector la sensación de que dude incluso de la capacidad del personaje para contar lo que está sucediendo -tal y como a veces ocurre en los relatos de Borges-. ¡Las citas a pie de página a veces contradicen incluso el cuerpo del texto! Es frecuente leer en las notas "lo dudo" o "se equivoca", asertos que no hacen sino cuestionar el carácter del protagonista y la habilidad como narrador especular de Bioy. Las notas, de hecho, ni siquiera pertenecen al autor del diario, siempre irónico con respecto al protagonista.

Bioy Casares se pasó de visionario. Fue un formidable precursor de los tiempos actuales que estamos viviendo y al echar al vuelo sin freno su albedrío literario se hizo crítico antes de tiempo del mundanal ruido digital. La máquina de Morel reproduce como los espejos de armario una realidad atroz que hay que temer, que es inquietante y amenazante. La máquina-espejo-novela refleja ciertos peligros de la ciencia y las TIC al igual que en la novela de Wells: la sospecha de que, después de todo, no seamos más que el paisanaje naif de figuración de la campaña de una multinacional de alta tecnología. Por eso Bioy Casares no se ha quedado solo en escritor: sus novelas y cuentos son un bendito mareo de interrogantes a la propia esencia del ser humano.

Fontes:

[Huffington Post](#)

[El País \(Babelia\)](#)

[Página 12](#)

Para saber más:

[La invención de Morel: la renovación fantástica y la influencia del cine / Carlos Dámaso Martínez \(Cervantes virtual\)](#)

[La invención de Morel: defensa para sobrevivientes / Adolfo Vásquez Rocca \(Margen Cero\)](#)

[Virtualidades distópicas en la ficción analógica: "La invención de Morel" de Adolfo Bioy Casares / Teresa López Pellisa \(UAB\)](#)

[Archivo documental das Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

GRUPO A